

## § IV. CISMA DE BENEDICTO X (1) (5 de abril de 1058-enero de 1059).

21. La buena nombradía del subdiácono Hildebrando estaba ya tan arraigada, que Estéban X al morir había mandado que durante la vacante no se procediese á nueva eleccion antes de su regreso. Hildebrando acababa de ser enviado en calidad de legado apostólico á la corte de la emperatriz Inés, viuda de Enrique III, y regenta del reino de la Germania en nombre de su hijo Enrique IV. Aquel que, siendo mas tarde Gregorio VII, tendria que sostener tan heróicos combates contra la potencia imperial de Enrique IV, se ocupaba entonces con infatigable actividad en allanar el camino del trono al real pupilo del pontificado. Sembraba beneficios para coger ingrati- tudes. Los partidos que entonces dominaban en Roma no se conformaron con las intenciones de Estéban X. Gregorio, conde de Túsculo, sobrado fiel á las tradiciones de violencia é injusticia de sus antepasados, hizo llevar una noche por sus soldados al palacio de san Juan de Letran al obispo de Veletri, que tomó el nombre de Benedicto X. Se distribuyeron inmensas larguezas al pueblo, y así quedó consumada la intrusion. Hildebrando, al saber la muerte de Estéban X, se volvió inmediatamente de Alemania: se detuvo en Florencia, y allí recibió las protestas de cuantas personas honradas habia en Roma contra las violencias del conde de Túsculo é intrusion de Benedicto X. Hildebrando era hombre muy superior á todas las dificultades y situaciones: sin embargo tomó parecer de los cardenales mas ilustrados, y todos manifestaron su indignacion y su menosprecio del intruso. La respuesta de Pedro Damian fué la mas franca y enérgica. « El que actualmente » posee la Silla de san Pedro es un simoníaco, dice, y nada » puede atenuar su crimen. Sin miramiento por nuestras re- » clamaciones, ni oyendo los anatemas de los cardenales en-

(1) Segun la mas fundada opinion, Benedicto X fué antipapa; pero como se halla su nombre en el *Diario* romano, y los papas sus homónimos han seguido la numeracion de Benedicto XI, XII, etc., le hemos conservado en este rango.

» cargados de la eleccion, ha sido entronizado de noche y » tumultuosamente por una tropa de gentes armadas. Para » seducir al pueblo se ha esparcido oro á manos llenas, em- » pleando para los satélites de Simon el tesoro de san Pedro. » Por otra parte, que consienta siquiera (el intruso) en expli- » car una linea, no digo yo de un salmo, pero ni de una » homilia cualquiera, y yo consiento en reconocerle por legí- » timo y verdadero papa. Me pedís deciros secretamente mi » parecer para no comprometerme personalmente: ¡ah! no » quiera Dios que en tal circunstancia se rinda mi corazon al » temor. Yo os ruego, al contrario, publiqueis mi carta para » que sepan todos el partido que se ha de tomar en el comun » peligro. »

22. Con esta carta y las mas amplias deposiciones testimonia- les de los nobles Romanos, concebidas en el mismo sentido, Hildebrando convocó un concilio en Siena, que eligió por so- berano pontífice á Gerardo, obispo de Florencia, quien tomó el nombre de Nicolás II, en 31 de enero de 1059. Así que fué confirmada su eleccion, Nicolás II juntó un concilio en Sutri, al enal citó nominativamente al antipapa. Pero Benedicto X no esperó su condenacion. Él mismo se retiró á la vida privada. El soberano pontífice fué inmediatamente á Roma y tomó po- sesion del trono pontifical. El antipapa vino á echarse á sus piés, protestó que se le habia violentado, y se acusó, con sín- cera humildad, de traicion y perjurio. Nicolás II, lloroso y tierno, le alzó la excomunion con condicion de que seria de- puesto del santo ministerio y se retiraria á Santa María la Ma- yor. Benedicto X, verdaderamente grande en su arrepenti- miento, aceptó, y así acabó el cisma, que habia durado diez meses (1).

(1) Hemos suprimido algunas frases del autor tocante á la persona del antipapa. El obispo de Veletri era honrado y virtuoso, y no tan ignorante como supone la carta citada de san Pedro Damian, que ó es espuria, ó estuvo dictada con sobrada acrimonia, por causa de las circunstancias. Por lo demás, todos convienen en que el antipapa no era ni malo, ni simoníaco, ni ambicioso. (El Traductor.)



## § V. PONTIFICADO DE NICOLÁS II (31 de enero de 1059-24 de junio de 1061).

23. Nicolás II mostró en la Silla de san Pedro una actividad y un celo que hacen de su pontificado uno de los más útiles á la Iglesia. Este papa era oriundo de la Borgoña [de la Saboya], y la Francia puede honrarse de tenerlo por hijo suyo. En abril de 1059 celebró en Roma un concilio de ciento y trece obispos. « Sabeis, hermanos, dice á los prelados, los desórdenes » acaecidos despues de la muerte de mi antecesor. La Santa » Sede ha sido hecha presa de indignos simoniacos, y la Igle- » sia puesta en peligro. Para evitar en adelante semejantes » abusos, ordenamos, segun autoridad de los santos Padres, » que á la muerte del papa los cardenales-obispos ventilen » juntos y examinen el negocio de la eleccion; que llamen en » seguida á los cardenales-clérigos, y últimamente que todo » el clero preste su consentimiento. Se escogerá en el seno » de la Iglesia romana si hay sugeto capaz de tan alta digni- » dad, y sino se escogerá de otra iglesia. Queremos sin em- » bargo reservar á nuestro amado hijo Enrique, que ahora es » rey y que Dios mediante será emperador, el honor que le es » debido; y ese mismo se otorgará á sus sucesores á quie- » nes lo concediere la Santa Sede. » Este decreto fué firmado por todos los obispos presentes. Decidia dos cosas muy importantes, hasta entonces vagas é indecisas: los sufragios exclusivamente reservados á los cardenales en las elecciones de papa, y el derecho de confirmacion que los emperadores podian ejercer en el particular. La preponderancia dada á los cardenales, como ya lo habia mandado san Leon IX, libraba las elecciones de influencias extrañas que obraban sobre el clero y pueblo, y trataba de evitar los tumultos populares y las invasiones de los principes seculares. De este modo llegaban á ser los cardenales una institucion grande y fuerte que aseguraba la dignidad é independencia del pontificado. Como todo establecimiento, habia tenido principios débiles y origen oscuro. El nombre de cardenal (*cardo*, quicial de una puerta)

fué en un principio comun á todos los obispos, presbíteros y diáconos titulares. Al principio del siglo IX recibieron mas particularmente el nombre de *cardenales* los siete obispos vecinos de Roma, ó *suburbicarios*, en calidad de *asesores* ó consejeros de la Santa Sede. El decreto de Nicolás II los constituia definitivamente en el eminente rango que tienen hoy. — La cláusula que concierne al derecho de confirmacion por los emperadores de Alemania en la eleccion del nuevo pontifice, no es menos notable. Supone claramente que este derecho es una concesion libre de la Santa Sede, que en su caso y lugar tiene que estar consentida y ratificada por ella. La historia, en efecto, atestigua que el decreto de Eugenio II, que regia en la materia, habia sido un acto libre y espontáneo. El derecho que se habian arrogado Teodorico, rey de los Godos, y el emperador Justiniano, no podia constituir ni antecedentes, ni prescripcion, pues que nunca habia dejado de ser en todas épocas ó puesto en duda ó eludido por los Romanos. Mas tarde, la creacion del Sacro Imperio, creacion debida totalmente á la influencia del pontificado, suponía como corolario necesario la obligacion y privilegio en los emperadores de vigilar para que las elecciones pontificales fuesen hechas libre y canónicamente. Tal es el sentido del decreto de Nicolás II. — Despues de estas dos ordenanzas, el concilio romano renovó las sentencias y penas ya decretadas contra los simoniacos y clérigos incestuosos ó escandalosos. Berengario, cuyo genio vario y turbulento se mudaba frecuentemente de hereje en católico y vice versa, compareció tambien ante el papa y obispos congregados. Firmó y juró de nuevo una profesion de fe católica, quemó con su propia mano sus escritos, y algunos meses despues perjuró de nuevo.

24. Inmediatamente despues del concilio romano, el papa presidió otro en Amalfi. Se trató de terminar en fin pacíficamente la lucha que, despues de san Leon IX, tenia que sostener el pontificado contra los Normandos de Italia. Este pueblo habia hecho tantos progresos en las provincias napolitanas, que era menester perder toda esperanza de arrojarlos de allí.



Nicolás II conoció que era mejor transigir con ellos y contener sus correrías por medio de concesiones voluntarias. Y aun ellos mismos deseaban poner sus conquistas bajo el patronato de la autoridad pontifical. Ricardo y Roberto Guiscardo, los mas poderosos de sus caudillos, habian ya presentado sus proposiciones en este sentido á la Santa Sede. El papa accedió á sus peticiones, recibió oficialmente sus sumisiones en el concilio de Amalfi y les levantó en su consecuencia la excomunion mayor en que habian incurrido. Los Normandos devolvieron las tierras del patrimonio de san Pedro, de que se habian apoderado, y recibieron la investidura de la Pulla y Calabria, á excepcion de Benevento. Ricardo obtuvo por su parte el principado de Capua; y Roberto Guiscardo fué confirmado en la posesion de la Pulla y Calabria, y además conservó sus pretensiones sobre la Sicilia. En recompensa ó desquite, Ricardo prometió al papa y á sus sucesores un censo anual de doce denarios de Pavia por cada par de bueyes, pagaderos perpetuamente en el dia de Pascua: además se reconoció vasallo de la Santa Sede, y en calidad de tal prestó juramento. El tratado de Amalfi fué el origen del reino de Nápoles, y tuvo las mayores consecuencias para la Iglesia romana. Los Normandos declararon guerra á los señores italianos, rebeldes á la autoridad del papa. Asolaron las tierras de Preneste y Nomento, abatieron el orgullo de los condes de Túsculo, cuyo nombre y autoridad habian intervenido tan fatalmente en los asuntos eclesiásticos y elecciones pontificales. Roma quedó desembarazada ya de los tiranuelos subalternos, contra cuya codicia y ambicion no la habia protegido siempre la negligencia de los emperadores de Alemania.

25. En medio de estas graves ocupaciones de la política, Nicolás II no perdía de vista los intereses espirituales de la religion y cristiandad, de que era pastor supremo. Envió á Milan en calidad de legado apostólico al cardenal san Pedro Damian para establecer la reforma de costumbres y restauracion de la disciplina clerical. El mal estaba inveterado tanto en la ciudad como en toda la Lombardia. El arzobispo era notoriamente si-

moníaco, y era difícil hallar en todo su clero un solo sacerdote ó clérigo que no lo fuese. Dos hombres celosos, san Arialdo, diácono de Milan que fué martirizado, y san Herlembaldo, secular, tuvieron heróico valor para declararse abiertamente contra el arzobispo y sus indignos fautores. Habia llegado á tal punto el escándalo, que lejos de avergonzarse de sus errores y desórdenes, los clérigos predicaban abiertamente contra la ley del celibato eclesiástico, renovando así el añejo error de los Nicolaitas. « Se da este nombre, decia san Pedro Damian, » á los clérigos escandalosos que quieren justificar con autoridades de la Escritura y santos Padres su infame conducta; » porque el vicio se convierte en herejía cuando es sostenido » por un dogma perverso. » Con peligro de su vida logró el heróico legado extirpar enteramente de esta iglesia desconsolada los dos azotes que la affigian. El arzobispo se humilló ante el representante de la Santa Sede, confesó su pecado, y mediante su humilde confesion, retractacion y sincero arrepentimiento, obtuvo continuar en sus funciones. Los clérigos delincuentes fueron sometidos á diversas penitencias canónicas. San Pedro Damian, espantado á vista de los vicios de su siglo, suplicó entonces al papa le volviese la libertad y le permitiese dejar la púrpura romana, para irse á orar en la sombra y retiro de su amada soledad del Monte Casino. Pero la Iglesia necesitaba de conciencias rectas y de caracteres enérgicos, y el papa no creyó oportuno acceder á su humilde súplica, por no verse privado de tan digno auxiliar.

26. Hildebrando, que era el íntimo consejero de Nicolás II, y que bajo diversos papas se iba ensayando á ejercer él mismo el soberano poder, imprimia á todos los negocios el sello de universalidad y grandeza que eran el fondo de su carácter. Por su cuidado, dos otros legados, san Hugo, abad de Cluny, y el cardenal Estéban, habian recibido la mision de propagar y hacer adoptar en Francia los decretos del concilio romano, tocante la reforma del clero. San Hugo habia sido encargado especialmente de la legacion de Aquitania. Celebró un concilio en Aviñon, año de 1059, en el cual fueron depuestos mu-



chos obispos simoníacos (1). Estéban abrazaba en su legacion todo el resto de la Francia, y por su lado convocó un concilio en Tours, año de 1060, donde tomó rigurosas medidas contra la simonía, incontinenia de los clérigos, matrimonios incestuosos, pluralidad de beneficios y monjes apóstatas. — Ambos legados habian asistido en el año anterior, 1059, al coronamiento en Reims de Felipe I, niño aun de seis años, á quien su padre, antes de morir, quiso hacer consagar á su vista para dar á la autoridad del jóven príncipe un carácter sagrado á los ojos de sus futuros súbditos: oportuna precaucion, porque Enrique I murió en 1060, un año despues. Gervasio, arzobispo de Reims, gran canciller del reino, escribió entonces á Nicolás II: « La indocilidad de los Franceses me hace temer las » turbaciones consecuentes á una menoría. Para prevenir las » calamidades que nos amenazan, tened á bien, santísimo Padre, ayudarnos con vuestros sanos consejos. Vos os debeis » á este reino como un gran corazon se debe á su patria. Ilustrais la Francia con vuestra santidad y dignidad apostólica; » porque en efecto de entre nosotros os ha escogido Roma » para haceros su jefe y el jefe del mundo. »

27. El papa habia formado el designio de venir en persona á Francia para cooperar mas eficazmente á la paz pública é intereses espirituales del reino; pero las circunstancias no le permitieron hacer este viaje, pues que sus relaciones con todas las comarcas del universo absorbian todo su tiempo. Envió legados á Inglaterra para restablecer el órden en la iglesia de Worcester, mandada por un obispo simoníaco, y se dió esta silla á san Wulstano, quien desde 1062 hizo reflorcer la disciplina con toda su pureza. Sus cartas llenaban de consuelo y valor á Fernando el Magno, rey de España, y al célebre guerrero Rodrigo Diaz del Vivar, tan conocido bajo el heróico nombre del Cid Campeador en sus gloriosos combates contra

(1) Nótese para honra de España que la plaga de la simonía no habia, por la gracia de Dios, llegado á nuestra Iglesia. Sin duda que las continuas alarmas y guerras con el Sarraceno hacian mas temerosos de Dios á los prelados, clérigos y principes.  
(El Traductor.)

los Moros. Cuidaba con la mas tierna solicitud de las iglesias que se iban fundando entre los Esclavones, en el norte de la Europa, bajo la influencia del legado de la Santa Sede, Adalberto, arzobispo de Hamburgo. Los obispados de nueva creacion, de Mecklemburgo, Altemburgo y Ratzeburgo, fueron conferidos á prelados pios y celosos. Y así se iba haciendo sentir la benéfica influencia de la Iglesia por todas partes á la vez, desde el mediodía de la España é Italia hasta los confines de la Europa septentrional. Si los emperadores alemanes, fieles á las tradiciones legadas por el cristiano genio de Carlomagno, hubiesen comprendido su vocacion providencial; si hubiesen conservado inviolablemente la alianza entre el imperio y la Santa Sede, el catolicismo hubiera triunfado entonces del islamismo, siempre amenazador en España, y cuyos progresos en el Oriente eran vergüenza de la civilizacion cristiana. Pero los emperadores de Alemania no obraban sino con miras estrechas, mezquinas: se obstinaron, en la querella de las *Investiduras*, en ahogar la independencia del poder espiritual bajo las violencias de la fuerza brutal. Luchará durante dos siglos la Iglesia por su libertad contra los Césares Tudescos, y no solamente la mantendrá á pesar suyo, sino que, en lo mas crudo de esta guerra gigantesca, levantará la Europa cristiana para echarla sobre el Asia mahometana, donde fundará un imperio en el mismo recinto donde yace el sepulcro del Redentor.

28. La menoría de Enrique IV era para la Alemania tiempo de anarquía y turbaciones. El jóven rey se habia entregado en manos de los grandes vasallos, que se disputaban su persona para ejercer á su nombre una autoridad tiránica. Un jóven señor, llamado Werner, favorito del real infante, vendia los obispados, abadías y gobiernos con odioso tráfico. Para remediar tanto mal, Nicolás II se dirigió al hombre que tenia mas poder é influencia para lo bueno en Alemania: san Annon, arzobispo de Colonia. Le escribió en términos muy obligatorios para que se valiese de su influencia á fin de acabar con la simonía que deshonoraba á las iglesias de su patria. Pero las amonestaciones del santo prelado no hicieron sino irritar aun



mas á los malos. Los grandes y obispos, reunidos en una dieta del imperio, prohibieron se nombrase á Nicolás II en el Cónon de la misa, y hasta se atrevieron á excomulgar al papa mismo. La noticia de este increíble furor llenó de amargura los últimos dias del santo pontífice, que murió muy prematuramente, el 6 de junio de 1061, en Florencia. En su brevísimo pontificado dejó recuerdos indelebles: su piedad y caridad edificaban hasta á sus propios enemigos. « Tenia, dice san Pedro Damian, tan tierno y vivo amor por los pobres de Cristo, que no pasaba dia sin que lavase los piés á doce pobres, escogidos entre los diversos barrios de Roma. » Su muerte fué duelo universal para toda la Iglesia.

§ VI. PONTIFICADO DE ALEJANDRO II (30 de setiembre de 1061-20 de abril de 1073).

29. El cardenal Estéban fué diputado inmediatamente á la corte de Alemania en ejecucion del decreto de Nicolás II para entenderse con el jóven príncipe acerca de la eleccion de papa; mas los cortesanos le impidieron viese al monarca, y despues de vanas tentativas, se vió obligado el legado á regresar á Roma. Los partidos estaban en esta en su mayor fermentacion. El canceller imperial, Guiberto de Parma, que administraba la Italia en nombre de Enrique IV, vendia los obispados y abadías, favoreciendo el desórden de las costumbres para engrosar sus rentas. Declaró que queria un papa dispuesto á absolver á los simoníacos y clérigos irregulares; y que la severidad de Nicolás II habia hecho pesar sobre el clero un yugo intolerable. Mientras tanto, el arcediano Hildebrando, alma de la Iglesia en aquellos tiempos de desolacion, juntó en Roma á los cardenales y nobles romanos; y bajo su influencia se eligió canónicamente por sucesor de Nicolás II al obispo de Luca, Anselmo, que tomó el nombre de Alejandro II. Se esperaba que el nuevo papa seria bien acogido por la corte de Alemania, donde era conocido personalmente por haber ejercido funciones ó cargos en ella. Al rehusar recibir al enviado del colegio apostólico, el rey Enrique IV habia cedido sin duda

al resentimiento, aun vivo, por las reprensiones de Nicolás II, respecto de la administracion: y no se dudaba se le pasaria pronto aquel; mas de modo alguno podia imaginarse de que llevase á mal se hubiese hecho sin su concurso la eleccion pontifical, pues que se habia negado á recibir las comunicaciones de Estéban bajo este respecto. Y sin embargo esto fué lo que sucedió. Manifestó la mas violenta irritacion de que se hubiese procedido á la eleccion de Alejandro II sin su consentimiento. Considerando nulo todo cuanto se habia hecho sin su participacion, procedió al nombramiento de un antipapa. Recibió este la ordenacion de manos de los dos obispos de Vercel y de Plasencia en 28 de octubre de 1061. Cadalos, obispo de Parma, nombre del antipapa, tuvo la avilantez de prestarse á este indigno juego, y se quiso llamar Honorio II.

30. Ya habia deshonrado este al episcopado por una simonia notoria y su pública mala conducta. Solo pensar en elevar á la silla de Pedro un sugeto tal era un escándalo intolerable; así es que la noticia de su intrusion le atrajo la indignacion justa de todo corazon católico. Pedro Damian, siempre en la brecha cuando se trataba de vindicar el honor de la Iglesia, dirigió al antipapa una carta vehemente, en que le reprocha sus crímenes, y aja su miserable vanidad de sacrificar el bien general de la Iglesia á su interés personal. « Hasta ahora solo se hablaba en una pequeña ciudad del criminal tráfico que haciais de las prebendas é iglesias, y otras cosas aun peores. Mas ahora todo el universo va á hablar, y cubrirse de vergüenza. Vuestra exaltacion, si un dia llegara á realizarse, seria el triunfo de los malos, y la mirarian como ruina de la Iglesia cuantos aman la justicia. » Cadalos, sin detenerse en pajas, levantó un ejército en 1062 y vino á camparse ante los muros de Roma. Desde luego logró algunas ventajas, pero Godofredo, duque de Toscana, sobrevino contra él, y los negocios mudaron de faz, teniendo que escaparse el antipapa, que solo se salvó á peso de oro. Sin embargo, retirado á Parma, no abandonó sus proyectos. Pedro Damian escribió entonces una carta á Enrique IV, suplicando á este jóven prin-